

ANTROPOLOGÍA Y COMPROMISO EN LOS ESTUDIOS CAMPEVINOS LATINOAMERICANOS DE LAS DÉCADAS CENTRALES DEL SIGLO XX

Eloy Gómez Pellón

Universidad de Cantabria

gomez@unican.es

ANTHROPOLOGY AND COMMITMENT IN LATIN AMERICAN PEASANT STUDIES IN THE MIDDLE DECADES OF THE TWENTIETH CENTURY

Resumen: En diferentes ocasiones se ha puesto de manifiesto el compromiso político asumido por instituciones, fundaciones y antropólogos tanto en el pasado como en el presente, desafiando con ello las recomendaciones éticas de las asociaciones profesionales. Por lo que parece, este compromiso llegó a ser muy intenso, por distintas razones, en las décadas centrales del siglo XX, por parte de numerosos antropólogos norteamericanos, británicos y de otros países. No cabe duda de que la antropología participó entonces, y tal vez también en el presente, en la difusión de ideologías y en la creación de estados de opinión. Esta actitud estuvo muy presente entre los antropólogos, norteamericanos primero y de otros países después, que participaron en la elaboración de los estudios campesinos latinoamericanos de aquella época, los cuales asumieron un alto grado de compromiso en relación, por ejemplo, con las teorías del desarrollo, por lo regular ligadas a instituciones y a ideologías concretas. Tales teorías parecen haberse difundido por medio de la existencia de redes académicas, cuyos integrantes aprovecharon la financiación de poderosas organizaciones para llevar a cabo sus proyectos de investigación y en ocasiones su progreso personal.

Abstract: On different occasions, the political commitment of institutions, foundations and anthropologists, both in the past as well as in the present, has been exposed. This commitment often goes against the ethical recommendations of various professional associations. It seems that for various reasons this commitment became very strong especially in mid-20th century for a significant number of anthropologists in the U.S., UK and elsewhere. Undoubtedly, anthropology took part, and perhaps it still does, in the diffusion of ideologies and in the shaping of public opinion. This attitude became especially visible among anthropologists initially from the U.S. and later from other countries who studied Latin American peasantry. These researchers tended to be committed to development theories often associated with specific ideologies and institutions. It seems that these theories were diffused by academic networks whose members received funding from powerful organizations which they utilized for research but sometimes also for personal advancement.

Palabras clave: Antropología aplicada. Campesinado. Compromiso. Desarrollo de comunidad. Estudios de comunidad.

Applied anthropology. Peasantry. Commitment. Community development. Community studies

Introducción

Un conocido trabajo de J. Gledhill (1994) muestra con todo detalle cómo no son pocos los casos en los cuales sobresalientes textos antropológicos han servido a los intereses de la política exterior británica o de la norteamericana y, más aún, cómo la antropología no habría podido evitar frecuentemente el compromiso con los asuntos políticos en general. Los muchos y probados ejemplos que aduce dejan escaso lugar para la duda, destacando entre ellos los que se refieren a los Estados Unidos, donde instituciones, fundaciones y antropólogos adoptaron una actitud de compromiso político en las décadas centrales del siglo XX que, tanto entonces como en el presente, cuando los hechos son bien conocidos, suscita numerosos interrogantes. El entusiasmo con el que algunos de estos antropólogos abrazaron la causa de su país y la pasión con la que condujeron su acción llegaron a jugar un papel, tal vez decisivo, en la conformación de una opinión pública que, a la postre, resultó trascendente. No son detalles nada desdeñables que entre estas instituciones se hallara la Universidad de Harvard, o que entre los antropólogos más comprometidos se encontraran C. Kluckhohn y C. Geertz como integrantes de una larga nómina. Este último tuvo entre sus mentores científicos e ideológicos a algunos brillantes profesores del Departamento de Relaciones Sociales de Harvard, tales como P. Sorokin y T. Parsons, los cuales se sintieron unidos por el mismo y patriótico ardor. Parece cada vez más seguro que un compromiso que, en unas ocasiones, venía empujado por la facilidad con la que resultaban financiados algunos proyectos antropológicos, por parte de instituciones públicas o por la de fundaciones privadas y, en otras ocasiones, por causas ideológicas o partidistas de carácter personal, habría alcanzado a diversos antropólogos, incluidos los latinoamericanos, a menudo a la sombra de movimientos y escuelas que hicieron, por ejemplo, del estudio del campesinado latinoamericano no sólo su objeto de estudio sino también, y acaso, su laboratorio científico y su bandera.

I. Teoría antropológica y estudios sobre el campesinado

Algunos autores, y E. Krotz (2002) constituye un buen ejemplo, han subrayado la acertada percepción de E. Wolf (1998), según la cual a medida que transcurría la primera mitad del siglo XX, y a través de la antropología, quedó configurada una visión del mundo, a modo de auténtica ideología norteamericana, que logró enfocar otras culturas prescindiendo de una certera crítica de la propia cultura, acaso de manera preconcebida. Así lo expresa, igualmente, de una manera certera y precisa B. Boehm (2005: 64-65). Mientras el pensamiento boasiano irradiaba vigoroso, un numeroso y destacado grupo de seguidores, entre los que se hallaban R. Lowie y A. L. Kroeber, antiguos alumnos del maestro en Columbia, abogaban por el análisis de la relación entre la cultura y el medio, que en una suerte de particularismo tanto interesaba a Boas. Quizá esto explique el hecho de que cuando J. Steward conoce a estos discípulos de Boas, en los años veinte, siguiendo las enseñanzas de los mismos en Berkeley, antes de proseguir con su formación en Cornell, sintoniza inmediatamente con su discurso intelectual, asumiendo por entero las ideas boasianas del particularismo histórico, que es tanto como decir las del relativismo cultural, aun resultando en algunos aspectos un tanto insatisfactorias para él.

Por su parte, J. Steward adquiriría un sólido método de trabajo, mientras preparaba su tesis doctoral en los últimos años veinte y en los primeros años treinta del siglo pasado, que en buena medida, y aunque sea indirectamente, es deudor del de F. Boas, verdadera fuente de inspiración para todos sus seguidores. La comparación intercultural, asentada sobre la búsqueda de regularidades, e inseparable de su concepción de la antropología, le proporcionaría muy pronto sólidos resultados. El evolucionismo multilineal de Steward, in-

fluenciado por las obras de White y por la filosofía marxista, no es más que la combinación de una visión diacrónica y otra sincrónica, dirigidas ambas al estudio de las regularidades recurrentes de las formas y funciones de las sociedades de áreas culturales distintas, pero de condiciones ecológicas homólogas, susceptibles de traducirse en modos de vida, métodos de trabajo y de organización social comparables. Conocidas las metodologías con que las culturas logran su adaptación ecológica y sus niveles de integración sociocultural, sería posible la comparación. Pero también sería posible advertir cómo las innovaciones producen ruptura de los ritmos que aceleran o dificultan el cambio socio-cultural.

Ciertamente, la consistente producción teórica de Steward se convirtió a partir de los años treinta en una importante orientación teórica, levantada sobre los sólidos cimientos de una ecología cultural que conducida diestramente por su creador, generó el entusiasmo entre sus colaboradores y una diversidad de sinergias, de suerte que la misma resultaría escasamente compatible no sólo con las concepciones evolucionistas distintas de la multilineal sino también con las del particularismo y las del relativismo, al tiempo que se apartaba cautelosamente de las propias del funcionalismo. Esta orientación de la antropología de Steward se había hecho ya muy evidente a principios de los años cuarenta, bastantes años antes de que diera a la imprenta su *Theory of Culture Change* (1955). En aquella época las sociedades indígenas de América del Norte y Centroamérica estaban alimentando un vivero de experiencias etnográficas por parte de los antropólogos norteamericanos. Guarda relación este hecho con una idea que, desde los años veinte, se estaba abriendo camino, cada vez con más insistencia, en los círculos académicos norteamericanos, y especialmente en universidades como la de Cornell, que se puede resumir en lo que se denominó la *responsabilidad internacional* de algunas ciencias, como la antropología por ejemplo, la cual no le había desapercibida a Steward y a los numerosos antropólogos de su entorno.

Determinados autores, como Brigitte Boehm (2005: 67-68) han puesto de manifiesto cómo esta preocupación debió ser notable en Steward. En los años cuarenta existía el convencimiento en muchos sectores de la antropología, quizá espoleados por las doctrinas oficiales, de que era posible que los antropólogos colaboraran en el proceso de transición de las sociedades tradicionales a las modernas como he tenido ocasión de explicar detenidamente en un trabajo anterior (Gómez Pellón, 2012). Por eso, cuando Steward llegó al *Bureau of American Ethnology*, perteneciente a la Smithsonian Institution, en los años cuarenta, y cuando ya había velado armas en el *Bureau of Indian Affairs* desde 1935, siguiendo así el camino de muchos de los antropólogos norteamericanos más clásicos, tuvo la oportunidad de acercarse a las sociedades no sólo indígenas sino a las tradicionales en general. Fue en el *Bureau of American Ethnology* donde se encontró con que existía el interés por parte de la misma en que se llevaran a cabo estudios en sociedades rurales, y especialmente en aquéllas cuyo conocimiento resultaba útil a los Estados Unidos. Ahora bien, tales sociedades no habían de ser ni siquiera exclusivamente tradicionales, puesto que la necesidad del conocimiento aplicado era tan grande o mayor en las sociedades complejas. Añadidamente, se encontró con financiación para llevar a cabo tales investigaciones, por lo que él mismo se lanzó en la dirección de un estudio de la sociedad compleja portorriqueña entre 1946 y 1950. Los intereses que podemos llamar políticos se estaban convirtiendo en un auténtico vendaval que empujaba a la antropología norteamericana de las décadas centrales del siglo XX al estudio de las sociedades rurales de Centroamérica, y complementariamente de otras partes de Latinoamérica.

Poco a poco, los recursos económicos se incrementarían para alcanzar al conocimiento de sociedades de distintas partes del mundo, pero uno de los escenarios preferidos de las investigaciones de la antropología y de la sociología norteamericanas, patrocinados por la Smithsonian Institution, se hallaba en las sociedades rurales de América Latina. Aquellos estudios motivaban reuniones científicas, en las cuales participaban algunos relevantes investigadores sociales, como Sol Tax (1952: 7-10). Tax tenía gran interés en hacer lo más

efectiva posible la comparación intercultural, de cuya filosofía participaba también Steward, como se ha visto, al objeto de establecer regularidades sobre los procesos de cambio, si bien Tax orientaría muy pronto la mayor parte de sus esfuerzos hacia la *action anthropology* (muy identificada durante tiempo con su Fox Project), verdadero embrión de su concepción aplicada de la antropología. Desde el principio, las sociedades campesinas resultaron de interés preferente para todos los científicos sociales, y más aún, si cabe, para los antropólogos. Durante los años cuarenta Steward se halló muy volcado en temas latinoamericanos, y no en vano éstos constituyeron la línea de trabajo más representativa de su paso por la Universidad de Columbia, donde se hallaba en el último lustro de los años cuarenta. Dicha preferencia se vería aún más reforzada en la década siguiente, debido a su preocupación por los sistemas campesinos expuestos a los mercados exteriores. Tanto Steward como Tax resultaron muy atraídos por las sociedades tradicionales de Latinoamérica, de manera que mientras Tax acometía su proyecto de Guatemala en los años cincuenta, Steward impulsaba el suyo en Puerto Rico.

En concreto, México y el área Centroamericana cobraron un singular interés para la antropología norteamericana, y no sólo debido al interés de Steward en verificar su teoría del evolucionismo multilíneal, apoyándose en sus planteamientos sobre la ecología cultural, sino también al de otros antropólogos culturalistas salidos del vivero boasiano, aparte de los muchos que resultaron seducidos por las tesis funcionalistas, en aquellos mismos años, como era el caso de R. Redfield. Los estudios sobre el campesinado de este último se habían convertido desde finales de los años veinte en un auténtico emblema. Tras haber realizado sus estudios en la Universidad de Chicago, Redfield se entusiasmaba con un paradigma funcionalista que seguiría estando en boga, en su versión norteamericana, durante varios lustros. La explicación de que dicho antropólogo defendiera este paradigma parece hallarse, en primer lugar, en el hecho de que, durante su paso por aquella Universidad, resultó estimulado por la teoría del maestro más reputado de la sociología funcionalista, es decir, de Talcott Parsons, de suerte que tampoco sería ajeno a los ecos de este movimiento que llegaban desde el Reino Unido por vía antropológica. Talcott Parsons había hecho converger el pensamiento de E. Durkheim y el de M. Weber, creando un sólido e influyente modelo científico en el seno de las ciencias sociales. Pues bien, la doctrina de Parsons penetraría rápidamente en el interior de la antropología, siendo una de las vías utilizadas con especial énfasis la de los *estudios de comunidad*, y muy especialmente cuando éstos se orientaban hacia el campesinado latinoamericano. En todos los casos, se propendía la realización de estudios caracterizados por la observación de la interacción social en la vida cotidiana y por el análisis de las organizaciones sociales resultantes, de acuerdo con una orientación teórica que alcanzó especial brillantez en la antropología de Redfield.

La obra publicada por Redfield en un temprano 1930 sobre la vida en una aldea mexicana, *Tepoztlán, a Mexican Village: A Study of Folk Life* (a propósito, contando con la colaboración de Alfonso Villa Rojas) había sido pionera de los trabajos rurales en México, y es considerada como un modélico primer *estudio de comunidad* (*community study*) en la antropología norteamericana. De hecho, la mayor parte de los trabajos sobre el campesinado realizados con posterioridad, aun utilizando en muchos casos paradigmas distintos del funcionalista, tuvieron muy en cuenta la obra de Redfield, considerada hoy como un clásico de una antropología que, por las razones aducidas, era más social que cultural. Es indudable que su obra se convirtió en un referente para la ecología cultural y para los estudios sobre el campesinado, especialmente como consecuencia de la publicación de *Peasant Society and Culture* y de *The Little Community* (ambas en 1960, formando un solo volumen y bajo el sello editorial de la Universidad de Chicago), lo cual se evidencia con mucha claridad en el caso de Steward, pero no es menos verdad que, a su vez, el mismo Redfield terminó recogiendo no sólo el efecto del culturalismo en general sino la influencia del enfoque de Steward junto a la proveniente de la ecología urbana que había emergido con fuerza en

la Universidad de Chicago gracias a R. Ezra Park, impulsor de la Escuela sociológica de Chicago y suegro de Redfield, aparte de la que recibió inicialmente de la antropología de Manuel Gamio. De la ecología urbana tomará Redfield la metodología fundada en los *tipos ideales* para realizar sus encuestas de campo, en una suerte de sociología cualitativa, mientras que de Gamio recibirá su interés por el análisis regional y la identidad nacional.

Esta larga nómina de influencias, de mayor o menor grado, en la antropología sustantivamente funcionalista de Redfield se hacen manifestas en una obra tenida por fundamental, y también paradigmática dentro de los estudios campesinos de Centroamérica y de Latinoamérica en general, como fue *The Folk Culture of Yucatán*, publicada por Redfield en 1941, donde se trata de mostrar la existencia de algo que, por entonces, era una idea novedosa y hoy, cuando los procesos de modernización avanzan imparables en todo el mundo, resulta indiscutible: la existencia de un *continuum* analítico entre las pequeñas comunidades rurales homogéneas, carentes de estratificación, y el mundo urbano. Asimismo, Redfield puso en marcha en esta obra aquello que hoy forma parte de cualquier metodología antropológica, con el nombre de *estudios de caso*, tratando de mostrar la eficacia de su estrategia sustanciada en el uso de los tipos ideales.

El funcionalismo tuvo una gran repercusión en los estudios del campesinado, por cuanto privilegiaba los aspectos sociales sobre los culturales, atendiendo a un tema que acabaría siendo resaltado por todos los antropólogos que han trabajado en este tipo de sociedades: el cambio social generado por la modernización en sociedades de carácter tradicional. Y hubo otro hecho que merece la pena ser tenido en cuenta, cual es el de que todas estas sociedades fueron vistas como aisladas, homogéneas, internamente solidarias (gozaban de la solidaridad mecánica de Durkheim) y económicamente independientes. Bien es cierto que fue el funcionalismo el enfoque que mejor supo poner de relieve este cúmulo de particularidades, hasta el punto de hacer posible la comparación entre ellas que, al fin y al cabo, era el verdadero anhelo de la antropología socio-cultural. No se trataba tan sólo de obtener monografías etnográficas, como había sido harto frecuente en el pasado, sino de trascender las mismas a fin de hallar analogías o regularidades que permitieran el establecimiento de conclusiones de carácter general.

Según Redfield (1960), con una percepción muy cercana a la de Kroeber (“los campesinos son parte sociedad y parte cultura”), los campesinos son un segmento de clase de una sociedad mayor, forzosamente vinculados al mercado, por más que la parte mayor de su producción sea destinada al autoabastecimiento. Ciertamente, el grupo formado por Kroeber, Steward y Redfield, y en buena medida S. Tax, encierra el nudo gordiano de lo que se ha dado en llamar la “nueva tradición de los estudios campesinos”. A ellos se irán añadiendo paulatinamente los antropólogos formados por el propio Steward en Columbia, o relacionados estrechamente con él por distintas razones: S. Mintz, E. Wolf, R. Adams, S. Diamond, R. Rappaport, M. Fried, etc. A su vez, Steward debía buena parte de su formación antropológica a su paso por Berkeley, donde fue discípulo muy directo de Kroeber y de Lowie, lo cuales, por otro lado, eran una parte muy destacada del seminario boasiano nacido en Columbia. Por otro lado, R. Adams acabaría siendo un estrecho colaborador de Tax en los trabajos que este último coordinó en Guatemala. Finalmente, tal como se ha señalado anteriormente, la antropología de Redfield recogió abundantes influencias de Kroeber y de Steward, a pesar de las notables diferencias existentes entre ellos, a modo de reflejo de lo que sucedía entre todos los cultivadores de los estudios campesinos. Se acaba de hacer mención de E. Wolf, y es él quien justamente representa uno de los hitos antropológicos en los estudios sobre el campesinado. Aprovechando todas las aportaciones de este grupo, incorpora a su diseño algunas innovaciones, la más importante de las cuales será la perspectiva de Chayanov. Sin embargo, aquella primera visión, comprometida pero un tanto sosegada de Wolf, se acercará sin parar al paradigma del conflicto, tras descubrirnos cómo son los campesinos (1962). A este compromiso con el conflicto llegará cuando examine las

sociedades europeas y descubra “los pueblos sin historia” (1987).

Hay otra observación de la propia B. Boehm (2005: 70) que resulta indiscutible desde mi punto de vista. México presentaba una estratificación étnica muy acusada, de suerte que era posible ver las poblaciones indígenas, las criollas y las mestizas, en su auténtico ambiente, igual que en otras partes de Centroamérica, aunque el hecho de tratarse de un territorio fronterizo con los Estados Unidos también debió ser un factor decisivo a la hora de convertir a México en ese laboratorio de la antropología norteamericana que se ha indicado. Complementariamente, en México no había cesado la ebullición política desde los tiempos de su independencia, por lo cual la revolución de 1910 no había hecho sino echar leña al fuego de la historia de aquel país. La revolución había sido consecuente con una lucha campesina que se localizaba en el fondo de todo el problema de las sociedades rurales latinoamericanas, entonces como ahora, lo cual hacía más interesante, si cabe, el caso mexicano. Y no resulta nimia la circunstancia de que México estuviera en el centro de todos los debates de teoría política. La expresión de B. Boehm (2005: 70) es exacta: “en México la antropología se politizó”, tomando partida en el proyecto de la reforma agraria y en el de la institucionalización de los movimientos indigenistas. No en vano, en México en particular, y en Mesoamérica en general, nacieron los estudios enfocados al *desarrollo de comunidades*, entendido éste como un proceso social, cultural y organizativo tendente a la generación de cambios, tanto de orden cuantitativo como cualitativo, tendentes a la mejora de las condiciones de las poblaciones locales. El desarrollo de comunidades, tal como explica R. Stavenhagen (1975: 240) se orienta al logro de un cambio endógeno, esto es, contando con la promoción y la participación activa de la comunidad y gracias a los recursos de la misma. En definitiva, se trataba de fomentar procesos productivos que indujeran niveles de empleo sostenido y, en último término, el progresivo bienestar de estas poblaciones locales. De hecho, éste fue el fértil inicio de los muchos programas que, con este objetivo, nacieron en años posteriores en México, con destino al desarrollo de comunidades en condiciones de extrema pobreza, tratando de aprovechar las condiciones ambientales, sociales y culturales de los asentamientos campesinos, los cuales, al mismo que alentaban las producciones alternativas, contribuían a la conservación del medio

II. Antropología y compromiso ideológico a propósito de las teorías sobre el desarrollo

¿En qué consistía el desarrollo propuesto por los antropólogos norteamericanos en la reunión de Nueva York de 1949? Siguiendo las líneas teóricas del liberalismo político y del socialismo democrático, los científicos sociales norteamericanos, con Sol Tax a la cabeza, proponen la necesidad de una antropología aplicada al desarrollo rural por medio de la educación y el crecimiento económico, bajo la consideración de que buena parte del atraso vinculado a la “tradición” era la causa de la pobreza, y a sabiendas que su proyecto precisaba múltiples recursos (B. Boehm, 2005: 71). Comenzaba por entonces la postguerra y aún se vivía el trauma de la conflagración, de lo que se seguía la rima del discurso antropológico con el político. Norteamérica estaba asumiendo su liderazgo en la política internacional y en la economía mundial, por lo cual estaba muy interesada en introducirse más aún de lo que lo había hecho hasta entonces en los países iberoamericanos, empezando por los centroamericanos. A partir de los últimos años cuarenta, las fundaciones norteamericanas incrementaron considerablemente los fondos destinados al área centroamericana, permitiendo que se acrecentara el número de sus técnicos y el de sus investigadores y estudiantes, a la vez que ejercían una labor aparentemente altruista distribuyendo alimentos y ropas en las comunidades.

Esta estrategia iba a permitir, por un lado, mejorar el conocimiento de estas sociedades pero, por otro lado, la misma estaba destinada a inocular una mayor dependencia tecnológica y cultural, estimulando el comercio exterior de Norteamérica. El papel de la Rockefeller

Fundation y el del Banco Interamericano de Desarrollo resultarían decisivos. Por su parte, Steward, al mismo tiempo que llevaba a cabo las investigaciones necesarias para realizar su *Handbook of Southamerican Indians* (6 vols., 1943-1950) estaba alentando la fundación del Institute of Social Anthropology, dependiente también de la Smithsonian Institution, que desarrollaría numerosos proyectos entre las sociedades complejas de distintas partes del continente americano, puesto que éste era su objetivo fundamental (vid. B. Boehm, 2005: 82). Entre los alumnos de Steward en Columbia que fueron beneficiados por los proyectos más tempranos se hallaba uno cuya obra resulta fundamental para comprender la evolución de los estudios campesinos en Centroamérica: me estoy refiriendo a Eric Wolf.

Como buena prueba de la importancia que estaban adquiriendo los *estudios campesinos* y las teorías ligadas con el desarrollo, al socaire de la coyuntura política de mediados del siglo XX, las áreas rurales de Latinoamérica pasan a situarse en el epicentro sobre el cual gravitan las investigaciones de las ciencias sociales, y concretamente las de carácter antropológico. Es así que, en la década de los años cincuenta, otra fundación norteamericana se iba a ligar de manera muy fructífera a los estudios sobre el campesinado en Latinoamérica. Fue ésta la Fundación Ford, que financió numerosos trabajos de investigación en ciencias sociales vinculados al estudio de las *regularidades culturales* en el continente americano (vid. Boehm, 2005: 82). Pues bien, la acción, extraordinariamente fructífera, se orientó en exclusiva a los estudios de “sociedades campesinas expuestas a mercados externos”. Nótese lo meridana que resulta la idea que se acaba de enunciar, es decir, que los intereses de los antropólogos fueron financiados por las grandes fundaciones, las cuales no eran otra cosa que la correa de transmisión de los intereses políticos norteamericanos. Curiosamente, tanto Steward, como algunos de sus discípulos, empezando por Wolf, eran muy críticos con la sociedad capitalista, y, sin embargo, no parece haber duda de que se dejaron seducir fácilmente por los planes estratégicos de los Estados Unidos.

Pues bien, Wolf llega a México en los últimos años de la década de los cuarenta del siglo XX, tratando de seguir los pasos teóricos de Steward y, por tanto, acogido al paradigma de la ecología cultural. Con él lo hace desde el principio otro antropólogo formado en Columbia por Steward que era Ángel Palerm, junto a todos los demás que se han señalado más atrás. Wolf había incrementado notablemente su formación participando en los años previos en el proyecto de Steward sobre Puerto Rico, que con el título de *The people of Puerto Rico* vería la luz en 1956. En el mismo había coincidido con Redfield, cuya trayectoria era ya muy fértil por entonces, y también con Sydney Mintz, con R. Adams y con otros antropólogos, cuya relación había resultado muy estimulante para Wolf. Ahora, a propósito de un proyecto sobre los orígenes de la nacionalidad mexicana, Wolf (1953) pretendía revisar las fuentes históricas y, posteriormente, realizar un pormenorizado trabajo etnográfico, al tiempo que efectuar un estudio comparativo entre las áreas indígenas y los asentamientos campesinos europeos vinculados a los procesos de colonización, según explica B. Boehm (2005: 92-93). Su preferencia por el campesinado le llevaría, algunos años más tarde, a los brazos de un teórico escasamente conocido por entonces y que pronto adquiriría una alta significación en este tipo de estudios. Me estoy refiriendo a Chayanov (1925, 1974), el autor de un conocido trabajo acerca de la Rusia prerrevolucionaria, y de otros menos conocidos sobre la Rusia revolucionaria, cuyas tesis aun sin compartirlas por entero le parecieron muy sugerentes, en tanto que le conducían a la existencia de elementos universalmente atribuibles al campesinado, tal como se nos muestra en una de las obras más conocidas de Wolf, *Los campesinos* (1966, 1971).

La tesis de Wolf (1966), influenciada originariamente por Steward, su maestro en Columbia y su mentor en el Proyecto de Puerto Rico, y en distinta medida por Kroeber, por White y por otros discípulos de Boas, aunque progresivamente afecta al pensamiento marxista, consistiría en sostener que el campesinado, allí donde existe, constituye un grupo de resistencia frente a la sociedad mayor, y en virtud de ello adopta formas de organización social

y estrategias económicas de subsistencia que le permiten ser impermeable a la influencia del capitalismo. De la misma manera que Redfield y Kroeber presentan a la “sociedad campesina” como dicotomía (“parte sociedad, parte cultura”), Wolf, sin separarse de esta idea, concluye que se trata de comunidades que son cerradas y abiertas al mismo tiempo, a las que se puede estudiar desde ambos puntos de vista. Curiosamente, Wolf, que llegó a ser un gran conocedor de estas características del campesinado, no se detuvo con la intensidad que cabría esperar a observar los aspectos relativos a sus creencias y a sus rituales, por más que también estos últimos constituyan una parte de la cultura. En todo caso, esa dicotomía percibida por Redfield, Kroeber y Wolf, modulada por Cancian (1972) y por otros, forma parte del bagaje antropológico y continúa siendo de curso común en nuestros días. Del mismo modo, la definición del campesinado como objeto de estudio, que ya era problemática en vida de estos autores, y antes por supuesto, lo sigue siendo en la actualidad, acaso con inconvenientes añadidos.

Ahora bien, Wolf, como muchos antropólogos y sociólogos que desarrollaban su trabajo en América Latina, y sobre todo en Centroamérica, se adscribiría muy pronto al *enfoque de la modernización*, dentro de lo que puede ser considerado como una primera fase de la investigación-acción, o de la antropología aplicada si se prefiere. Imbuidos por las doctrinas que podemos llamar humanitarias, en el fondo estos antropólogos estaban convencidos de que, una vez conocidos los males que acechaban a las sociedades pobres, era posible implementar acciones que, mediante estrategias modernizadoras, las condujera al imprescindible proceso de cambio social. Tras identificar con métodos científicos los problemas del campesinado latinoamericano, éste se convertiría en campo propicio para llevar a cabo los correspondientes ensayos conducentes a la mejora de su situación. En última instancia, lo que se sostenía era que los países pobres habrían de recorrer un camino análogo al de los países que ya participaban del modelo plenamente capitalista. La penetración tecnológica, social y cultural de los países occidentales actuaría como catalizador en este plan modernizador.

Así lo había pensado Steward, pero algo parecido creía Wolf, al igual que Oscar Lewis, Robert Redfield, George Foster y Clifford Geertz, entre otros muchos. Aunque adoptaban distintas perspectivas, todos ellos habían estudiado en universidades norteamericanas y, casi sin quererlo, o tal vez queriéndolo, participaban de filosofías que no se hallaban muy alejadas. A todos les interesaba el campesinado, y todos ellos pensaban que el proceso de modernización que sacara a los campesinos de la miseria secular en Latinoamérica, justamente donde se hallaba su laboratorio, comenzaba por la innovación tecnológica. No es extraño que coincidieran en su alabanza de lo que podemos llamar la *revolución verde* (C. Kay, 2003: 13-17), convencidos de la importancia de erradicar el hambre en el mundo a costa de la intensificación de la producción agraria, gracias a la modificación genética de las plantas y al acortamiento de los ciclos productivos de las mismas, acaso sin reparar lo suficiente en que la capitalización que hacía posible la *revolución*, debido al concurso de costosos *inputs*, iba a generar la creciente debilidad de los pequeños agricultores en su particular liza con los grandes productores. El camino a seguir, de acuerdo con esta propuesta, sería el que conducía a las formas de vida de los granjeros de los países capitalistas, los cuales se hallaban plenamente integrados en la sociedad de mercado, empleaban metodologías de producción modernas y estaban en posesión de estilos de vida con una personalidad propia que no envidiaban en nada a los que caracterizaban a las sociedades urbanas.

La idea que se hallaba tras la propuesta de los antropólogos y los sociólogos norteamericanos era que los campesinos latinoamericanos se encontraban integrados en sociedades tradicionales, dado que practicaban una agricultura y una ganadería de auténtica subsistencia, pero susceptibles de verse estimuladas por un proceso de modernización. El cambio económico, sin embargo, no era más que una parte del cambio cultural, de modo que la transformación que se proponía trascendía el mero progreso tecnológico. La política norteamericana animó una estructura, por intermedio de la Organización de Estados Americanos,

encargada de hacer realidad esta propuesta, que estaría llamada a alcanzar un importante papel en la vida de los países latinoamericanos, los cuales se vería arrastrados a medio plazo por una senda de progreso. Esta estructura era el IICA, siglas del Instituto Interamericano de Ciencias Agropecuarias. Obsérvese que, corriendo el tiempo, la estructura sigue existiendo en la actualidad, y sus siglas son las mismas, aunque haya sido modificado el significado de éstas: Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura.

III. Nuevas políticas y nuevas fidelidades

En los años cincuenta y sesenta adquiere una notable importancia el denominado *enfoque estructuralista* en los estudios rurales de Latinoamérica, aunque por lo que respecta al contenido del presente texto se trata de una corriente que tuvo escasa repercusión en el ámbito antropológico y algo mayor en el sociológico. Fue una corriente no surgida en los círculos académicos, sino inducida desde la CEPAL, la Comisión Económica para América Latina, el organismo creado en 1947 por las Naciones Unidas que, debidamente institucionalizado, sigue teniendo un papel protagonista en nuestros días. Su propuesta encerraba una filosofía desarrollista y claramente reformista, al tiempo que asumía la idea de que la solución a los problemas del campo Latinoamericano se hallaba dentro del propio capitalismo debidamente reformado, con lo que se ahondaba en algunas de las corrientes surgidas con anterioridad. Todo el peso de la reforma se hacía descansar en la iniciativa de los Estados, minando de esta manera la capacidad de los movimientos más radicales surgidos, por ejemplo, en el interior del campesinado. Ciertamente, en este enfoque el campesinado estaba llamado a cumplir una función bien distinta de la que había tenido hasta entonces, al quedar supeditado a los efectos de una industrialización que lograra sacar a los países latinoamericanos de su doloroso atraso.

Ahora bien, es necesario señalar que a la agricultura y a la ganadería se les atribuía un imprescindible papel, en cuanto abastecedoras de las grandes concentraciones urbanas que habría de producir la industrialización. No es de extrañar, por tanto, que muchos sociólogos y antropólogos abrazaran confiados la idea de un desarrollo que idealmente estaba llamado a generar bienestar y a mejorar las condiciones de vida de un campesinado que era la viva expresión de la dramática pobreza secular. Por otro lado, los costes del proceso industrializador se harían recaer sobre los beneficios de las exportaciones agrarias, de modo que resultaba perentorio, al menos durante la primera fase de la industrialización, que mucha gente siguiera atada a la actividad agraria, tratando con ello de evitar un trasvase masivo de efectivos demográficos desde el campo a la ciudad. Así se garantizaba, paralelamente, que la industria dispusiera de materias primas de origen agrario y forestal. Eso no significaba que no se alentara, simultáneamente, un éxodo de pequeña o mediana escala, desde el comienzo de la industrialización, que permitiera a la industria disponer de una mano de obra asequible, de modo que la producción final resultara comercialmente competitiva. Y todo ello se resumía en la famosa idea de *industrialización por sustitución de importaciones* (ISI), puesto que, a juicio de los burócratas de las Naciones Unidas, las importaciones comenzaban a convertirse en el cáncer que devoraba Latinoamérica. En todo caso, la modernización era percibida como destino factible de las sociedades tradicionales, y más aún como un proceso irreversible y forzosamente homogeneizador, tal y como expresaba G. Germani en 1974.

Pero no fue éste el único enfoque que estuvo presente en los estudios del campesinado latinoamericano por aquellos años. Para la antropología social, como se ha adelantado, tuvo una importancia mucho mayor en los años cincuenta y sesenta el llamado *enfoque de la dependencia* (K. Kay, 1998: 1004-110). Respondía a una convergencia de elementos procedentes del pensamiento neo-marxista, considerados de muy diversas maneras por los defensores del enfoque, con elementos surgidos de la teoría de Keynes, tal como señala Giovanni Reyes (2009: 124-127). La teoría, sustancialmente, venía a sostener que el subdesarrollo

latinoamericano encuentra su explicación en la relación de dependencia asumida históricamente con respecto a la parte dominante del sistema capitalista. La distinta interpretación de los aspectos constitutivos de la teoría (el sistema capitalista en su conjunto o la contribución regional al sistema; el papel del proletariado o el del campesinado, etc.) dieron lugar a visiones diferentes, y hasta encontradas, que abarcaban a quienes adoptaron una percepción marxista (Cardoso, Faletto, etc.), a quienes postulaban una perspectiva neomarxista (Dos Santos, Marini, etc.) y, asimismo, a los que se situaban en una posición más distanciada de las dos tradiciones anteriores (Frank). En su origen, una parte de la teoría surgió a propósito de la CEPAL, bien asumiendo la autocrítica (Prebisch) o como auténtica crítica. Sin embargo, no se trataba de posiciones fijas, sino más bien entreveradas, que a la postre dificultan cualquier clasificación.

En términos generales, el enfoque de la dependencia situó en un lugar muy significativo del análisis a la economía agraria, estimulando una rica reflexión sobre el campesinado en Latinoamérica, tanto mayor debido a las aportaciones llevadas a cabo por las distintas corrientes que participaron en la conformación de la teoría. En este sentido, existió una cierta coincidencia en que las economías periféricas habían sido condenadas a cumplir con una función agroexportadora y de suministro de materias primas en general. En sus inicios, a través de Raúl Prebisch, la teoría de la dependencia puso el énfasis en la condena representada por el hecho de que el centro exporte productos manufacturados a la periferia a cambio del suministro de materias primas por parte de ésta. Por todas estas razones, no fueron pocos los que pensaron que los estudios campesinos resultaban imprescindibles para entender los problemas de la dependencia. La convivencia de la tesis estructuralista que defendía las reformas económicas en general y las agrarias en particular, y la de raigambre marxista, que preferentemente abogaba por una solución revolucionaria, nos permiten entender el interés por el conocimiento del campesinado, pero también el alto grado de compromiso que generó la teoría de la dependencia en el seno de la antropología.

Algunos excelentes conocedores de las teorías del desarrollo, como C. Kay (2003), han pensado que los orígenes de esta perspectiva se hallan en los escritos del político peruano José Carlos Mariátegui y en la aplicación del análisis marxista al contexto social de su país, la cual hizo posible la publicación de un libro que aparece reiteradamente citado por quienes adoptan el enfoque de la dependencia: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. La obra se publicó inicialmente en 1928, si bien ha conocido diversas ediciones posteriores, como la de 1955, y es el resultado de una visión pragmática de la vida del país del autor, en la que trata de ofrecer una percepción muy concreta de los desajustes de la sociedad peruana. De acuerdo con la tesis de Mariátegui, la colonización provocó el derrumbe del colectivismo característico del Incanato, al tiempo que supeditó las poblaciones indígenas a la estrategia implantada por los colonizadores. El dominio económico impuesto por las instituciones económicas al servicio del latifundismo se había acompañado de otro político y caciquil y, en suma, de un aplastamiento moral que había devenido en un magno abatimiento y en una vergonzosa marginación del indio. Sin embargo, Mariátegui pensaba que la semilla del colectivismo era fértil y que acabaría por alumbrar un reparto más equitativo de la tierra lejos del fetichismo de la mercancía. Existía, además, por parte de Mariátegui el convencimiento de que las contradicciones introducidas por el capitalismo en Perú eran análogas a las del resto de Latinoamérica, puesto que la metodología que había utilizado esta ideología, en su intento por crear relaciones de dominio, era la misma en todos los países. Más aún, contra lo que pensaban otros teóricos marxistas más conciliadores, él creía que había llegado el tiempo de hacer realidad, sin más paliativos, el sueño de la revolución socialista, sin ni siquiera esperar a que se produjera la revolución burguesa.

Muy pronto se abrió camino en Latinoamérica, a propósito del estudio del campesinado, otra línea, parecida a la anterior, encuadrada también dentro del enfoque de la dependencia, pero un tanto distinta, conocida con el nombre de *colonialismo interno*. La esencia del en-

foque se puede resumir diciendo que la situación de las comunidades indígenas, dedicadas en buena parte a la actividad campesina, más que ser el resultado de un proceso general lo es de un hecho particular y concreto: el provocado por la dominación española y portuguesa en el continente americano. Una famosa frase de Rodolfo Stavenhagen (1965), en la que repara muy acertadamente C. Kay (2003), sintetiza esta visión: “La colonia era a las comunidades indias lo que España era respecto a la colonia: una metrópoli colonial”. Se trataba de mostrar el hecho palmario de que en todos los países en los que había una proporción importante de población indígena, ésta se hallaba supeditada a una población dominante de descendientes de los colonos hispanos y lusos. De ahí que la corriente adquiriera gran predicamento en todos los países que se encontraban en esta situación, empezando por México y siguiendo por Guatemala, Nicaragua, Ecuador, Venezuela, Colombia, Brasil, Ecuador, Perú, Bolivia y otros, en los que, además, había un mínimo tejido académico capaz de difundir la perspectiva. En realidad, Stavenhagen mantuvo desde el principio una relación muy intensa con todos los pensadores (economistas, sociólogos, politicólogos y antropólogos) que adoptaron una defensa de la teoría de la dependencia. No en vano, y según explica C. Kay (2006), durante el tiempo en el cual Stavenhagen fue director del Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales de Rio de Janeiro, incardinado en la UNESCO, a comienzos de los años sesenta, A. Gunder Frank, unos de los apóstoles de la teoría de la dependencia, permaneció como invitado en dicho Centro.

La percepción de Stavenhagen, con un pie en la sociología y otro en la antropología, a propósito de su *enfoque del colonialismo interno*, no se producía de manera aislada y, por el contrario, era contemporánea y afín a la que caracterizaba a su compatriota, el sociólogo Pablo González Casanova (1965), que desde la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociología alentó idéntico enfoque, igualmente crítico, cuya coincidencia mayor era la de hallarse ambas respaldadas por sólidas bases históricas y económicas. Las poblaciones indígenas, de acuerdo con esta teoría, no serían otra cosa que *colonias internas*, dedicadas a la producción agraria para los mercados metropolitanos, los cuales se harían con los beneficios generados por la comercialización, contando con el amparo y la aquiescencia del poder político, que al mismo tiempo que tolera la explotación de los productores permite su exclusión política, negándoles para ello el acceso a la alfabetización y al conocimiento. El control metropolitano de la *colonia interna* conllevaría la existencia de una sociedad en el seno de otra sociedad, de manera que la sociedad más pequeña poseería una identidad basada en la etnicidad, la lengua, la cultura (Mácha, 2009: 7-17), aunque su nota más característica sería el sometimiento económico. La *colonia interna* se hallaría sometida a un control político y administrativo por parte de las clases e instituciones sociales que fueran dominantes en la metrópoli, resultando una situación que es poco o nada diferente de la que se produjo históricamente, antes de la emancipación de los estados latinoamericanos, cuando los españoles, los portugueses, los ingleses y los franceses dieron rienda suelta a su agresiva ideología colonialista.

Este enfoque condujo a un debate más, iniciado en los años sesenta en Latinoamérica, a propósito de los estudios sobre el campesinado. Un sector de la historiografía marxista venía argumentando que en la segunda mitad del siglo XX se ha producido la muerte del campesinado, con la consiguiente fragmentación de la historia, en rima con lo que había sido una predicción de Marx. La observación de historiadores como Hobsbawm (vid. Kay, 2003) se halla inserta en una polémica, entre quienes pensaban que la creciente mundialización de las relaciones económicas, o de la globalización si se quiere, marca el final del campesinado (*descampesinistas* o *proletaristas*), y quienes creían que entre los rasgos que mejor han caracterizado al campesinado a lo largo de la historia se hallan la adaptabilidad y la continuidad (*campesinistas*). El argumento de los primeros consiste en sostener que el desarrollo capitalista ha ido haciendo inviable la existencia del campesinado, debido a que el proceso se ha acompañado de un proceso de estratificación social y económica muy inten-

so, haciendo que el campesinado tradicional se dividiera entre una mayoría que ha pasado a engrosar la categoría de proletarios, otra parte, bastante más pequeña, que ha terminado por integrarse en la plena producción de mercado, dando lugar a lo que podemos llamar “campesinos capitalistas”, y una parte más, menor aún, que se ha incorporado al grupo de agricultores capitalistas en la estricta acepción del término.

En la antropología mexicana el debate ha llegado a adquirir una gran intensidad y, aunque su momento álgido es el de los años setenta, los ecos de la discusión aún se escucharon por algún tiempo. Numerosos antropólogos mexicanos se decantaron progresivamente por la postura *campesinista*, de modo que en el amplio grupo que la defiende hallamos a autores tan conocidos como R. Stavenhagen (1969), A. Bartra (1976), G. Esteva, A. Warman (1972, 1978 y 1980), A. Palerm (1978 y 1980). Según los campesinistas, los campesinos no han desaparecido jamás y, más bien, lo que se observa en algunas áreas de Latinoamérica es un proceso de lo que ellos denominan “recampesinización”. Significa esto que sigue existiendo un alto número de pequeños productores agrarios, capaces de competir con éxito en el mercado frente a los llamados granjeros capitalistas, lejos de esa transformación generalizada anunciada por Hobsbawm (1994), que habría supuesto la conversión de los mismos en mano de obra asalariada. La gran fuerza de los campesinos, y la clave de su modo de vida, reside en la autoprotección que les concede el grupo familiar, donde todos sus miembros trabajan de manera no remunerada, y en el amparo que les proporciona la comunidad en la que viven, lo cual es más notorio que en ninguna otra parte en las áreas rurales de población indígena. Más aún, los *campesinistas* han atribuido a los *descampesinistas* el error teórico que supone asimilar la economía campesina a la capitalista, el cual se concreta en que una y otra se sustentan sobre lógicas diferentes.

No hace falta decir que la postura *campesinista* ha contado siempre con el sustento teórico de una de las obras más citadas en el ámbito de la economía agraria, cuyas repercusiones entre los cultivadores de la antropología han sido extraordinarias, igual que entre los defensores de la ecología cultural. Me estoy refiriendo a los textos publicados por A. Chayanov sobre la economía de los campesinos, y particularmente al publicado en 1925 en lengua rusa, por el Instituto de Investigación Científica de Economía Agrícola de Moscú, sobre la unidad económica campesina, cuyo contenido se halla en la obra publicada en inglés en 1966 por B. Kerblay, R. E. F. Smith y D. Thorner, *The Theory of Peasant Economy*, que a su vez fue incluido años más tarde, en 1974, en la edición que E. Archetti realizó de la obra de Chayanov, *La organización de la unidad económica campesina*. No obstante, la primera publicación de un texto de Chayanov en lengua inglesa se realiza algo antes, gracias a la inclusión de un breve trabajo del agrarista ruso “Sobre la naturaleza de la hacienda campesina”, en la obra colectiva *A systematic source book in rural sociology*, de P. A. Sorokin, C. C. Zimmerman y C. J. Galpin (1965). Los ecos del texto de Chayanov los hallamos en autores que han mostrado una gran solidez en sus argumentaciones, como Shanin, autor del estudio que acompaña a la segunda edición en lengua inglesa, de la obra de Chayanov que había sido publicada en 1966. A Shanin le debemos, precisamente, una de las compilaciones más útiles a la hora de estudiar los problemas relativos al campesinado: *Peasant and Peasant Societies* (1971), traducida al castellano con el título de *Campesinos y sociedades campesinas* en el mismo año.

Los *descampesinistas* pensaban que el viejo campesino del campo Latinoamericano era ya en los años sesenta y setenta, con mucha frecuencia, un trabajador por cuenta ajena, sometido a la coerción del contrato que le liga con un propietario de la tierra, aunque en ocasiones no haya perdido todavía por entero su tradicional condición. Sin embargo, en lo sustantivo, muchos de los que un día fueron campesinos habían pasando a engrosar la legión de mano existente en el campo latinoamericano. La opinión *descampesinista* sería plenamente concordante con la idea de Hobsbawm de que el campesinado no resistirá el acoso de la sociedad capitalista y terminará por desaparecer. Ahora bien, hay muchos que piensan,

contra la opinión de Hobsbawm, que el campesinado no está desapareciendo, y antes bien encierra en sí una poderosa fuerza política que es la causa de la efervescencia de las sociedades rurales de Latinoamérica. El campesinado ha estado siempre en el corazón de muchos de los movimientos políticos del continente. Se reconoce, ciertamente, que se ha producido algo parecido a una semiproletarización que, sin embargo, se ha cargado de energía frente al avance de la globalización y del neoliberalismo. No obstante, los campesinos han ocupado permanentemente una posición muy digna de ser tenida en cuenta en la contienda política de Latinoamérica, según lo que parece una coincidencia general.

Ahora bien, ¿de dónde procedía la progresiva semiproletarización que se había producido en el campo latinoamericano? El largo debate, acalorado en algunos momentos, puso de manifiesto el cúmulo de cambios que había tenido lugar en el transcurso del siglo XX. En primer lugar, según explica C. Kay (2003), una parte creciente de los ingresos de los hogares campesinos procedía cada vez más de la actividad no agraria, esto es, de los salarios generados por la venta de la mano de obra de los campesinos. Mediante este mecanismo, muchos habitantes del medio rural dedicados a la actividad agraria podían continuar amarrados a la tierra de sus antepasados, adoptando cuantos cambios fueran posibles en su tradicional modo de vida, sin perder por tanto la sustancia del ser campesino, aunque a costa de una paulatina semiproletarización. Pero, este hecho nos ayuda a entender que el campesinado, lejos de agonizar, siga existiendo en todo el continente. Tantos cambios han hecho que el campesino haya dejado de producir para su propio consumo, siendo que, antes bien, el campesino es quien destina el producto de la tierra que posee y trabaja, solo o asociado, a satisfacer sus necesidades, bien mediante el aprovechamiento directo o bien gracias al intercambio de mercado.

Algunas de las orientaciones teóricas que se han comentado en el último apartado de este trabajo, especialmente, nacieron en el seno o en el entorno de organizaciones internacionales como la CEPAL, mientras que otras lo hicieron en torno a instituciones de muy diversa índole. Asimismo, el campesinado se colocó en el epicentro de un inmenso debate ideológico, al que no fueron ajenos, unas veces como causa y otras como efecto, los levantamientos, las rebeliones y las revoluciones que se producían en el campo latinoamericano. De hecho, la revolución cubana fue tenida durante tiempo por una revolución campesina o, “también campesina”, y no fueron pocos los teóricos del campesinado que contemplaron los movimientos revolucionarios campesinos identificados por Wolf (1973) en su día como auténticos referentes de la teoría y de la *praxis* de sus estudios. Se deduce por último, que muchos de los casos que se han examinado podrían no responder a compromisos explícitos o implícitos sino a análisis científicos de objetos de conocimiento. También se infiere que en otras ocasiones los antropólogos habrá respondido con su textos y sus actitudes a sostener distintos grados de compromiso e, incluso, un compromiso difuso. De ninguna manera cabría una equiparación en términos absolutos. Asimismo, es evidente algo que comenta W. Roseberry con profunda agudeza (vid. Gendhill, 1994), y es que muchas orientaciones teóricas, tanto más dependiendo del grado de compromiso, encuentran sus vías preferentes de transmisión en las redes académicas, las cuales se convierten en fuentes inagotables de la conquista de generosos proyectos de investigación y de otros beneficios. Sin embargo, la función de estas últimas redes no concluye con su actividad transmisora de ideologías y de estados de opinión sino que, complementariamente, llevan aparejada otra que puede consistir en la obstaculización de ideas y proyectos ajenos.

Conclusión

En la actualidad parece probado que en países como el Reino Unido y Estados Unidos, y presumiblemente en otros, instituciones, fundaciones y antropólogos adoptaron una actitud de compromiso político en las décadas centrales del siglo XX, que en el presente suscitan

numerosos interrogantes. El entusiasmo con el que algunos de estos antropólogos abrazaron la causa de su país y la pasión con la que condujeron su acción llegaron a jugar un papel, tal vez decisivo, en la conformación de una opinión pública que, a la postre, resultó trascendente. Conforme transcurría la primera mitad del siglo XX, y a través de la antropología, quedó configurada una visión del mundo, a modo de auténtica ideología norteamericana, que logró enfocar otras culturas prescindiendo de una certera crítica de la propia cultura, acaso de manera preconcebida.

El presente trabajo trata de mostrar cómo uno de estos escenarios, verdaderamente privilegiados en lo que concierne a la antropología, fue el de los llamados estudios campesinos latinoamericanos. Al mismo tiempo que se generaba un creciente conocimiento de estas sociedades, Latinoamérica pudo convertirse en el laboratorio donde trataron de probarse muchas de las teorías sobre el desarrollo en un contexto dominado por la tensión política internacional. Muchas universidades norteamericanas, y la de Harvard puede ser un ejemplo, pero también otras instituciones como la Smithsonian Institution o el Banco Interamericano de Desarrollo, y las fundaciones más relevantes (Rockefeller, Ford, etc.) pudieron haber alentado el papel científico de la antropología, en ocasiones por medio de órganos especializados, como el Institut of Social Anthropology, directamente dependiente de la Smithsonian Institution, cuyo primer responsable sería J. Steward. Centroamérica en particular y Latinoamérica en general habrían sido el campo abonado de experiencias modernizadoras a las que no escaparon Steward, Wolf ni otros, como Redfield, S. Tax o Foster, los cuales hubieron de repartir su fidelidad entre causas ideológicas distintas.

El nuevo enfoque de la dependencia que se impuso más tarde supuso un cambio de paradigma, al cual tampoco fueron ajenos los antropólogos, igual que otros científicos sociales en general. Conocidos antropólogos se vieron concernidos y también comprometidos en la lucha contra la secular pobreza campesina abanderando simultáneamente, y con idéntica firmeza a la que estaban demostrando con su defensa de la teoría de la dependencia, la tesis del colonialismo interno, y Stavenhagen puede ser un ejemplo, acaso debido a la íntima relación existente entre la una y la otra. Estas teorías, por lo que al papel del campesinado se refiere, han tenido su correlato en las posturas *campesinistas* o *descampesinistas*, especialmente en países como México donde surgió el debate y donde adquirió progresiva intensidad en los años sesenta del siglo pasado.

Ciertamente, los casos que se acaban de poner de manifiesto poseen un extraordinario interés en sí mismos, hasta el extremo de que las ideas que los acompañaban fueron capaces de crear auténticos movimientos intelectuales que contaron con adhesiones inquebrantables. Más aún, muchos de estos planteamientos surgieron al socaire de instituciones concretas, y al calor de los movimientos políticos, de carácter revolucionario en ocasiones, que se estaban produciendo en algunos países Latinoamericanos. Asimismo, no se nos oculta que muchas de estas teorías responden a formulaciones que emplean como correas de transmisión redes académicas a través de las cuales no solamente corren las ideas sometidas a fértiles debates, sino que tales redes, como ya advirtió W. Roseberry en su día, contribuyen al apoyo y al ascenso personal de sus integrantes, que no sólo se esfuerzan en crear estados de opinión sino, y acaso, también de refrenar y hasta de obstaculizar otros.

Bibliografía

ARCHETTI, Eduardo

1974 "Presentación", en A. Chayanov (1925), *La organización de la unidad económica campesina*, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

BOEHM SCHOENDUBE, Brigitte

2005 "Buscando hacer ciencia social. La antropología y la ecología cultural", *Relaciones*, 102, XXVI: 63-128.

CANCIAN, Frank

1972 *Change and Uncertainty in a Peasant Economy: The Maya Corn Farmers of Zinacantan*, Stanford: Stanford University Press.

CHAYANOV, Alexander V.

1925 *La organización de la unidad económica campesina*, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

1966 *The Theory of Peasant Economy*, eds. D. Thorner, B. Kerblay, and R. E. F. Smith. Homewood, Ill., U.S.A.: Irwin.

GERMANI, Gino

1974 *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires: Paidós.

ESTEVA, Gustavo

1980 *La batalla por el México rural*, México: Siglo XXI.

FOSTER, George M.

1974 *Antropología aplicada*. México: Fondo de Cultura Económica. (Orig. 1969).

GLEDHILL, John

1994 “Antropología y política: compromiso, responsabilidad y ámbito académico”, en J. Gledhill, *El poder y sus disfraces. Perspectivas antropológicas de la política*: 337-370. Barcelona: Bellaterra.

GÓMEZ PELLÓN, Eloy

2012 “Funcionalismo y relativismo cultural: la cuestión de la antropología aplicada”, *Revista de Antropología Experimental*, 12: 287-308.

GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo

1965 “Internal Colonialism and National Development, *Studies in Comparative International Development*, 1 (4): 27-37.

HOBSBAWM, Eric

1994 *Ages of Extremes: The Short Twentieth Century 1914-1991*, Londres: Michael Joseph.

KAY, Cristóbal

1998 “Estructuralismo y teoría de la dependencia en el período neoliberal. Una perspectiva latinoamericana”, *Nueva Sociedad*, 158: 100-119.

2003 “Los paradigmas del desarrollo rural en América Latina”, en F. García Pascual (Coord.), *El mundo rural en la era de la globalización. Incertidumbres y probabilidades*, Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, pgs. 337-429.

2006 “André Gunder Frank (1929-2005): pionero de la teoría de la dependencia y mundialización”, *Revista Mexicana de Sociología*, 68, 1: 181-190.

KROTZ, Esteban

2002 *La otredad cultural entre ciencia y utopía*, México: Fondo de Cultura Económica.

MÁCHA, Premysl

2009 “Opening Remarks on the Politics of Identity and the Politics of Writing about It”, en P. Mácha, *Lighting the Bonfire, Rebuilding the Pyramid. Case Studies in Identity, Ethnicity and Nationalism in Indigenous Communities in Mexico*: 7-17. Ostrava: Ostravská Univerzita.

MARIÁTEGUI, José Carlos

1928 *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Santiago: Editorial Universitaria, 1955.

PLAZA, Orlando (Ed.)

1979 *Economía campesina*, Lima: Deseo.

REDFIELD, Robert

1930 *Tepoztlán, a Mexican Village: A Study of Folk Life*, Chicago: The University of Chicago Press.

1941 *The Folk Culture of Yucatán*, Chicago: The University of Chicago Press.

- 1956 *Peasant Society and Culture*, Chicago: The University of Chicago Press.
- 1965 *The Little Community and Peasant Society and Culture*, Chicago: University of Chicago.
- REYES, Giovanni
- 2009 “Teorías de desarrollo económico y social: articulación con el planteamiento de desarrollo humano”, *Tendencias*, X, 1: 117-142.
- REYES OSORIO, Sergio, STAVENHAGEN, Rodolfo et al.
- 1974 *Estructura agraria y desarrollo agrícola en México*, México: Fondo de Cultura Económica.
- ROSEBERRY, William
- 1995 “Latin American peasant studies in a postcolonial era”, *Journal of Latin American Anthropology*, 1, 1: 150-177.
- SHANIN, T.
- 1971 *Campesinos y sociedades campesinas*, México: Fondo de Cultura Económica.
- SOROKIN, Pritim A, ZIMMERMAN, Carle C. y GALPIN, Charles J. (Eds.)
- 1931 *A systematic source book in rural sociology*, New York: Russell and Russell, 1965.
- STAVENHAGEN, Rodolfo
1965. “Classes, Colonialism and Acculturation. Essay on a System of Inter-Ethnic Relations in Mesoamerica”, *Studies in Comparative International Development*, 1 (6): 53-77.
- 1975 *Sociología y subdesarrollo*: México: Nuestro Tiempo.
- STEWART, Julian.
- 1955 *Theory of Culture Change: The Methodology of Multilinear Evolution*, Urbana: Illinois, University of Illinois.
- 1977 “Limitations of Applied Anthropology: The Case of Indian New Deal”, en Stewart, J. y Murphy, R. (eds.). *Evolution and Ecology: Essays on Social Transformation*: 1-17. Urbana: University of Illinois Press. (Orig. 1969).
- STEWART, Julian (Ed.)
- 1950 *Handbook of South American Indians*, 6 vols. Washington: Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology. (Edición 1943-1950).
- TAX, Sol
- 1952 *Heritage of Conquest: The Ethnology of Middle America*, Glencoe: The Free Press.
- WARMAN, Arturo
- 1972 *Los campesinos. Hijos dilectos del régimen*, México: Nuestro Tiempo.
- 1976 ... Y venimos a contradecir, México: La Casa Chata.
- 1978 “Frente a la crisis ¿política agraria o política agrícola?”, *Comercio Exterior*, 28, 6.
- 1980 *Ensayos sobre el campesinado en México*, México: Editorial Nueva Imagen.
- WOLF, Eric
- 1953 “La formación de la nación”, *Ciencias Sociales*, 4: 50-61, 98-111 y 146-171.
- 1966 *Los campesinos*, Barcelona, Ed. Labor, 1971.
- 1967 “Closed Corporate Peasant Communities in Mesoamerican and Central Java”, en Potter, J. M., May N. Diaz and George M. Foster (Eds.), *Peasant Society. A Reader*: 230-246. Boston: The Little Brown Series in Anthropology..
- 1973 *Las luchas campesinas del siglo XX*, Madrid: Siglo XXI.
- 1987 *Europa y la gente sin historia*, México: Fondo de Cultura Económica.